

EL PREPUCIO DE DIOS

Juan Eslava Galán es un español, que se ha pasado la vida escribiendo. Y mucho es lo que ha escrito. En su largo andar por el mundo, creo que ni un solo día ha dejado de lado la pluma y el papel, lo que lo ha llevado a tener la biblioteca de su casa en Madrid, llena de libros; pero lo curioso y admirable, es que la mayoría son suyos. Eslava Galán tiene más de 100 libros escritos y una imagen como hombre de letras notable y respetadísima.

Juan es un amigo mío, y cuando viajo a España tratamos de hacernos un tiempito para vernos. Nos intercambiamos libros como regalo y charlamos poniendo en la mesa asuntos solo de dos tipos: como está el mundo y que cosas nos hacen reír. Y esto es muy fácil con mi amigo español, pues todo él y la mayor parte de su literatura abordan cualquier tema desde una óptica sarcástica, mordaz, cáustica. Es que Juan Eslava Galán... ¡profesa el más inteligente de los humorismos!

Pero por encima de nuestras charlas y entrando en lo que es su orbe: los libros que escribe; es justicia agregar que este hombre no solo tiene él, un carácter humorístico, sino que la enorme mayoría de sus escritos son estupendamente graciosos.



Juan escribe casi siempre sobre historia, que va desde los cromañones a las guerras de todo tipo; desde las revoluciones y las curiosidades del medioevo, a la mirada de un burlón profano sobre las cuestiones de la iglesia.

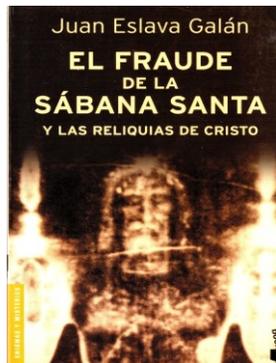
Y es en éstas últimas, donde Juan se regocija hurgando, contando y poniendo sobre la mesa, las ridiculeces que llenan a nuestra madre Iglesia, a sus valores y a su liturgia.

Y también a su Gran Historia, esa que está estampada en la Biblia; y en general, a todas las historias de allí derivadas, sagaces (aunque algo torpes, hay que reconocer)... inventadas por la jerarquía eclesiástica a lo largo de la vida del cristianismo; que si uno no es hombre (o mujer) de fe, no podrá tragar; pero sí podrá cuando menos, sonreír ante lo absurdo y poco sustentable de tales cuestiones.

Uno de los últimos libros que me regaló lleva el título de **'El fraude de la Sábana Santa y las Reliquias de Cristo'**. (Editorial Planeta - 2010); y en su dedicatoria, Juan escribe textual:

'Para mi amigo Felipe, esta revisión de uno de los ritos más tontos de nuestro tiempo, Cordialmente... Juan'

Y en esta dedicatoria Juan encierra todo lo que el libro muestra sobre las necesidades que la Iglesia ha manejado durante tantos siglos y que por ser 'artículos de fé' los ingenuos creyentes nunca han cuestionado; o peor: ni siquiera se han permitido una obligada sonrisa ante lo absurdo de esos ritos y reliquias.



Pues en ocasiones, son tan tontas, que Juan se soslaya, por ejemplo, describiendo la existencia de miles y miles de trozos sueltos de madera; pedazos de troncos, tarugos y hasta astillitas, que existen en cuanta Iglesia del mundo que se precie; y que son (según los monseñores que rigen esas iglesias), restos de la cruz donde murió Cristo.

Lo jugoso del relato es que si uno juntara todas las astillas desparramadas por el mundo en tantas iglesias de las que hay a montones; y que llevan el cartel de 'los verdaderos y únicos trozos de madera de la Santa Cruz', habría tablado para construir cuando menos, una linda villa en alguna isla hawaiana.

No quiero entrar a describir cada falla que el sistema religioso-cristiano muestra en su larga historia, y que Eslava Galán expone con simpático candor y picardía, pero, tomándome la atribución que estoy seguro que mi amigo permitirá; voy sí, a mencionar algo de su libro que mucho me ha impactado. A mí y a mis amigos que han leído el mismo libro.

Se refiere a un hecho curioso al que Juan le da un toque y una presentación que uno no puede menos que exclamar: '¡Este hombre es un genio!'.

¿Cuál es la reliquia o la situación tan especial que el autor de 'El fraude....' nos cuenta con el mayor y más desopilante detalle?

Aquí va la cosa... y comienzo con la aclaración de que a partir de este instante estaremos hablando de Jesucristo. Estaremos refiriéndonos al mismo Dios de los Cielos!

Si esto es así; si Jesús es Dios, entonces sus poderes y sus hechos sin duda que serán especiales.

Y si son especiales, este hombre, tendrá, (como en los mejores cuentos de ciencia-ficción) poderes que ningún otro ser en la Tierra podrá igualar.

¿Un ejemplo? Podría morir y a los 3 días de enterrado volver a la vida. Y estando ya respirando y comiendo merluza, sacudida la húmeda tierra que tapaba su cuerpo, puede saludar a los vecinos que han venido a visitarlo y también a comprobar que está vivo y coleando a pesar de haber sido muerto de la peor forma. Y no solo eso; este hombre (por ser un Dios), procederá, en estas condiciones y luego de haber saludado y dado de bendiciones a todos los amigos presentes, a elevarse lentamente hacia el cielo. Despacito, despacito y luego cada vez, un poquito más rápido, dirigiéndose a las blancas nubes por encima de las cuales lo espera una fanfarria de ángeles, arcángeles, espíritus celestiales, vírgenes, santos, y (para la ocasión... ¡hasta el mismo Dios en persona!).

¡Maravilloso! Eso es lo que dice la Biblia, eso es lo que dice la Iglesia y eso es lo que afirman montones de santas escrituras. Y si mi amigo Juan Eslava, estuviera aquí conmigo, ambos y al unísono gritaríamos a los vientos: ‘Esto es lo que también Juan y Felipe creen, porque ellos dos jamás dudarían de la palabra de la Iglesia y de tantos ungidos que han vivido de la Iglesia por siglos y siglos’.

Hago aquí una parada en el relato y como dije: igual que en una historia de sci-fi, me meto en la máquina del tiempo y retorno no al momento de la muerte de Jesús, sino al de su nacimiento.

Y aquí solo puedo contar algo que es totalmente normal, de uso cotidiano y que no requiere ni milagros ni tratamientos especiales. Porque comprendiendo que estamos tratando con una familia judía, el bebe; nacido 8 días atrás, deberá pasar por una ceremonia tradicional de rutina en ese pueblo judío. Ceremonia que no es otra que ... ‘LA CIRCUNCISIÓN’.

Me explayo en algo más: de igual forma que en el cristianismo existe un libro sagrado: la Biblia; los judíos también tenían (y tienen) uno, que se denomina el Torah o la Torá; en donde estas escrituras hablan de un pacto entre el patriarca Abraham y Dios; y el signo visible de este acuerdo es precisamente la circuncisión de todos los hombres judíos. Algo así como:

‘¿Tu quieres pertenecer al clan? ¡Entonces ponte ahí que te cortamos el pene!’.



O sea que el pobre Jesús, que cuando nació no la tenía muy clara sobre su designación como ‘Dios de los Cielos’; tampoco la tenía clara en cuanto a ese proceso de corte de la punta de su miembro: el prepucio; o como algunos lo llaman cariñosamente: el ‘sombrecito del muñequito’.

Pero... como buenos judíos que eran su padre José y su madre María, tuvo que pasar sí o sí por el corte, que en aquellos tiempos y por esas cuestiones ceremoniales, no era a tijeretazo sino que se hacía con una piedra afilada. (Uyyyyy!)

Habiendo llegado a este punto, no quedaría mucho más por decir. Nace un niño judío en medio de una nación judía y dentro de costumbres y usos judíos. That's it. Es eso y no mucho más.

Aunque ... no todo es tan fácil y directo en la vida. Reconozcamos que en ocasiones nos encontramos con algunos vericuetos difíciles de tratar. Y aquí viene uno:

Ese pedacito de prepucio, es un trozo del cuerpo de Cristo. Cuando luego de su muerte en la Cruz, el Dios en cuestión resucita y se eleva al cielo, Juan nos pregunta: ¿Y el pedacito? ¿Qué pasa con el prepucio que ... TAMBIÉN ES DIOS?

Si todo el cuerpo de Cristo es Dios, y su cuerpo es un cuerpo divino... pues entonces ese otro trocito de carne, no puede menos que tener también... carácter divino!

Y retomando su posición de escritor, nos menciona en su escrito algo que ni yo ni el 99% de la gente piensa o ha pensado. Y nos lleva a que pongamos una cara de tremenda intriga y asombro pues lo que tan bien describe el libro mencionado; en su capítulo 2, es el siguiente relato:

“Cuál fue el destino de aquel anillito de carne divina, es una cuestión que, aunque pueda parecer baladí, encierra más teología de la que a simple vista aparenta. Es evidente que ese trocito de carne participaba, como el resto del cuerpo del Señor, de su carácter divino. Era un trozo de Dios. Y dado que Dios es eterno, es imposible que un trozo de su cuerpo se consuma o se pudra. Si no se pudo... existe. Si existe, ¿adónde fue a parar?”

Jesucristo, cuando instituyó que su cuerpo era el pan sacramental en la Santa Cena, no pudo dejar de incluir el prepucio perdido como sustancia sacramental divina, dado que sin prepucio el Hombre hubiera estado incompleto y no es pensable que un trozo de Dios encarnado no participe de la misión sacramental del resto. Ahora bien, si ese prepucio no se había perdido, por ser parte de Dios y consecuentemente Dios mismo, tenía que haberse conservado y era la única porción de su cuerpo que podría quedar en la tierra después de la Ascensión. ¿Ascendió al cielo con Jesús o permanece entre nosotros hasta la resurrección de la carne?

¿Cuándo se reintegró en el cuerpo divino? ¿En el momento de la Resurrección o días después, en el de la Ascensión? ¿O acaso estaba ya en el cielo, esperando al resto desde que lo cortaron?

En este caso debieron producirse dos ascensiones, la propiamente dicha y la del prepucio. Y finalmente, ¿Ostenta Jesús en la morada celestial su prepucio reintegrado, o ha quedado el mismo por el camino?”

Esto que a la mayoría de los lectores causa gracia y estoy seguro que muy pocos de ellos podrán evitar una sonrisa; tiene, desde el punto de vista racional y objetivo, total y absoluta propiedad.

Lo que explica Eslava Galán en su libro no tiene nada más que la descripción de un acto que dentro de la liturgia y tradición del cristianismo y del judaísmo, es ciento por ciento correcto y sin un ápice de burla o sarcasmo. Con lo cual; si somos cristianos de fe, nos queda flotando en el aire la pregunta de... ¿qué fue lo que pasó con ese bendito trocito de piel?

Y esa pregunta que se hace mi amigo en su libro, se la deben haber hecho otros, tiempo atrás y como... al parecer... nadie sabe el fin del relato, ha quedado para muchísimos acólitos como uno de los misterios importantes de nuestra religión.

Pero sigamos con la historia: Sucede cercano a los primeros días después de la muerte de Jesucristo y de que algún iluminado sacara a luz el problema; en que comienzan a aparecer prepucios por todo el mundo. Sorprendentemente, ocurrió con el prepucio, lo mismo que con las astillas, o las espinas de la corona, o las telas de la Santa Sábana; elementos que los había por millares y que ninguna iglesia que se preciara podía decir que ahí no había algún recuerdo de El Salvador.

Estamos en este punto donde todo lector ya está entrando en pánico y no encuentra salida a situación tan desesperante.

Pero... tranquilos mis amigos! ¡Que junto con Juan, aquí traemos la salvación! La solución al problema irresoluble. La explicación de todo.

Y a riesgo de parecer una leyenda inverosímil, podemos jurar que esto que expondré a continuación (y que al igual que los tramos anteriores vienen del libro de mi amigo), no es más que la sacrosanta verdad tal como la sintió, vivió y testimonió una adorable monjita en el Siglo XVIII.

En efecto, a comienzos del 1700 vivió en Viena una novicia de nombre Agnes Blannbekin quien (aunque no está muy claro por cual razón esto le ocurría...) vivía cavilando sobre el destino del fragmento del órgano viril del Redentor, y ante tal fijación, cierto día en que le llegó la Iluminación, aseguró a la Humanidad entera, que ella había tenido la revelación de que el prepucio del Señor había vuelto a la vida con la Resurrección; y que ya estaba en el cielo, felizmente integrado al cuerpo sacratísimo de Jesús. Cuestión que conoció la monja, como se ha dicho, por directa revelación divina.

A continuación vuelvo a copiar el fragmento de la revelación, según consta en el libro de Eslava Galán:

“Un día, al comulgar, Agnes comenzó a pensar en donde estaría el prepucio. ¡Y ahí estaba! Pues de repente sintió en su boca la presencia de un pellejito; como una cáscara de huevo, de una dulzura completamente superlativa y... se lo tragó. Apenas lo había tragado, nuevamente sintió en su lengua la presencia del dulce pellejo, y una vez más se lo tragó. Y esto lo pudo hacer unas cien veces... y así le fue revelado que el prepucio había resucitado junto con el Señor en el día de la Resurrección. Tan grande fue el dulzor cuando Agnes tragó el pellejo, que ella misma sufrió una dulce transformación en todos sus miembros”.



Con lo que gracias al espíritu investigador y enorme escritor de mi amigo español, hemos llegado a la revelación de un hecho y una situación que nos tenía a muchos, sumamente preocupados!